

**Hacia el fin de la pesadilla:
La retirada de Xauen y su trascendencia
para los africanistas (1924-1925)**

**Toward the End of the Nightmare:
The Retreat from Chefchaouen and Its Impact
on the Africanist Military Circles (1924–1925)**

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Resumen: Este artículo se publica coincidiendo con la celebración del primer centenario de la controvertida retirada de Xauen, la operación más cruel y sanguinaria dentro del amplio ciclo de combates protagonizados por el ejército español en Marruecos para la edificación de la línea Estella entre los años 1924 y 1925. Su objetivo es analizar el contexto y circunstancias que motivaron semejante apuesta del dictador Miguel Primo de Rivera en la zona occidental del protectorado; una apuesta muy arriesgada tanto en lo estrictamente militar como en el ámbito diplomático. Además, se procurará analizar el impacto y las consecuencias en el corto plazo de esta decisión estratégica en el colectivo africanista. Será preciso, para ello, caracterizar a esta «familia» militar y profundizar en algunos de sus planteamientos políticos, así como en la naturaleza cambiante de su relación con el dictador.

Las fuentes empleadas para el esclarecimiento de estas cuestiones son variadas, si bien es preciso destacar la importancia de la documentación procedente del archivo particular de Miguel Primo de Rivera (la correspondencia con el duque de Tetuán reviste un particular interés). También ha resultado crucial en el desarrollo de esta investigación el testimonio de algunos protagonistas del periodo, sobre todo de procedencia castrense, así como el estudio de los medios periodísticos

que, incluso bajo un régimen de censura, no apartaron su mirada del territorio magrebí e intentaron ampliar el alcance de las decisiones gubernamentales en la dirección de la guerra del Rif.

Palabras clave: repliegue; protectorado; africanistas; Ben Tieb; Xauen; Alhucemas.

Abstract: This article is published to mark the centenary of the controversial retreat from Chefchaouen—the most brutal and bloodstained operation within the broader cycle of battles fought by the Spanish Army in Morocco during the construction of the Estella Line between 1924 and 1925. It analyzes the context and circumstances that led dictator Miguel Primo de Rivera to undertake such a risky endeavor in the western zone of the Protectorate—a hazardous venture that posed significant military and diplomatic challenges. The study also seeks to examine the short-term impact and consequences of this strategic decision on the Africanist military corps. To that end, it characterizes this military “family” and explores some of its political positions as well as the evolving nature of its relationship with the dictator.

This research draws on diverse sources, although special attention has been given to documents from Miguel Primo de Rivera’s private archive—particularly his correspondence with the Duke of Tetuán, which proves especially illuminating. The testimonies of key actors from the period, especially those of military origin, have also been crucial, as has the study of contemporary newspapers which, even under the regime’s censorship, did not avert their gaze from the Maghrebi territories and sought to convey the scope of the government’s decisions in directing the Rif War.

Keywords: retreat; protectorate; Africanists; Ben Taieb; Chefchaouen; Al Hoceima.

Para citar este artículo: María GAJATE BAJO: “Hacia el fin de la pesadilla: La retirada de Xauen y su trascendencia para los africanistas (1924-1925)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 29 (2025), pp. 39-59.

Recibido 16/04/2025

Aceptado 27/06/2025

Hacia el fin de la pesadilla: La retirada de Xauen y su trascendencia para los africanistas (1924-1925)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Introducción

El ejército español destacado en Marruecos protagonizó, cuando estaba a punto de concluir 1924, una de las campañas más brutales en la corta historia del protectorado: la conocida como «retirada de Xauen», que ahora cumple su primer centenario. Por entonces, el conglomerado africanista se hallaba bien definido y consolidado, después de más de una década de luchas con elevado coste humano y económico.¹

Su identidad, encarnada sobre todo en la oficialidad de las tropas de choque, había empezado a gestarse, por raro que parezca, a raíz de las campañas antillanas y más claramente tras los combates de 1909, coincidiendo con el infortunado episodio del Barranco del Lobo.² El malestar popular provocado por las numerosas bajas peninsulares motivó, dos años después, la creación de los primeros Grupos de Regulares de Melilla³ y la aprobación en 1912, tras un dilatadísimo debate parlamentario, de una nueva ley de Reclutamiento y Reemplazo.⁴ La cosmovisión de los africanistas continuó perfilándose durante la siguiente década, un periodo en el que se debatió largo y tendido sobre el

¹ Sobre el rendimiento económico de la región, véase Víctor Morales Lezcano, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)* (Siglo XXI, 1976), 70-75. La zona asignada a España en Marruecos contaba con una superficie de 22 790 kilómetros cuadrados. Se trataba de un terreno bastante montañoso, con un régimen hidrográfico muy pobre y un clima adverso. Vivían en el protectorado sesenta y seis tribus diferentes y el espacio agrícola aprovechable no representaba más que el 15 % de la superficie total.

² Francisco Gracia Alonso, *Gobernar el caos: Una historia crítica del Ejército* (Desperta Ferro, 2024), 287-303. El año 1898, recordado por las derrotas de Santiago y Cavite, supuso un batacazo para el prestigio militar e impuso la necesidad de adaptar la organización del Ejército a una nueva distribución de efectivos. Este primer desastre también acarrió el reverdecimiento de un acentuado anticatalanismo entre la oficialidad.

³ José María Jiménez Domínguez, *Fuerzas Regulares Indígenas: De Melilla a Tetuán, 1911-1914* (Almena, 2006).

⁴ Fernando Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España* (Alianza, 2000), 134-140. El nuevo servicio militar tenía una duración total de dieciocho años, correspondiendo tres a la primera situación de servicio activo. Frente a la pretendida universalización de clara inspiración germana, la ley creaba la figura de la cuota militar. En tiempos de paz, el cuota podía elegir destino, evitando por norma ir a África. Debían costear su uniforme, equipo y alimentación e, incluso, el caballo. No pernoctaban en el cuartel y estaban libres de servicios mecánicos. En 1912 se registraron 6599 cuotas, que ascendieron a 16 242 en 1920.

pactismo, porque empezaron a comprobarse sus nefastas implicaciones,⁵ y en el que también se conformó el movimiento de las Juntas de Defensa.⁶ Por último, el africanismo alcanzó su plenitud en el tiempo comprendido entre 1921, a raíz del desastre de Annual y la emergencia del problema de las responsabilidades, y 1925, fecha del desembarco de Alhucemas que consagró a este grupo como «familia» hegemónica en el Ejército y, al mismo tiempo, apuntaló al general Miguel Primo de Rivera en el poder.⁷

Hechas estas precisiones cronológicas, en las páginas que siguen se pretende esclarecer cuáles eran los rasgos definatorios de esa cosmovisión africanista durante los momentos previos al pronunciamiento del 13 de septiembre de 1923 y, sobre todo, cómo reaccionaron ante la decisión de abandonar Xauen. En segundo término, se aspira a entender mejor la relación entre este colectivo y el dictador, así como las circunstancias que rodearon la controvertida apuesta por el repliegue. Como es bien sabido, el presidente del Directorio Militar, pese a su dilatada experiencia en tierras marroquíes, no era un africanista, aunque tampoco se mostró como un juntero al uso. De hecho, fue su falta de dogmatismo, ese instinto para alumbrar con una vela a Dios y con otra al diablo, lo que le permitió adecuarse a unas circunstancias cambiantes y transitar del credo abandonista al entendimiento coyuntural con los africanistas.

Conviene, antes de abordar estas cuestiones, reparar en la complejidad del periodo que siguió a la debacle de Annual. En realidad, meses antes de la estampida española ya se había evidenciado el creciente hartazgo de un monarca desasistido por sus consejeros y obsesionado por el peligro comunista. En mayo de 1921, Alfonso XIII pronunció en el Círculo de la Amistad de Córdoba un controvertido discurso:

La responsabilidad ha sido conferida al Parlamento y esto es muy grave decirlo, pero es la pura verdad, que el Parlamento no cumple con sus deberes y muchos de los proyectos que se le presentan y que podían ser de gran beneficio para el país, se impide que progresen. Se produce un aparente debate, en el que el deseo de mejorar el proyecto no aparece, sino más bien existe el deseo de que no prospere para mejor servicio de sus fines políticos. El tiempo pasa y el Gobierno cae, otros

⁵ Sobre la «compra de voluntades», María Rosa de Madariaga, «El lucrativo negocio del Protectorado español», *Hispania Nova* 16 (2018): 591-598. Es conocido el caso del alto comisario Francisco Gómez-Jordana, que en 1918 murió desfallecido, sobre su mesa de trabajo, y humillado por el obligado repliegue ante los caprichos del jerife El Raisuni.

⁶ Ana Isabel Alonso Ibáñez, *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)* (Ministerio de Defensa, 1998). En las guarniciones peninsulares, la oficialidad más pacata estuvo condenada, al contrario que en Marruecos, a llevar una vida rutinaria y ajena al favoritismo regio. Su descontento profesional y malestar económico fraguaron, en el contexto inflacionista de 1917, el movimiento de las Juntas de Defensa.

⁷ Como ejemplo de esclarecedoras visiones panorámicas del desastre de Annual, de sus repercusiones y del protagonismo político de Abd el-Krim, Pablo La Porte, *La atracción del imán: El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)* (Biblioteca Nueva, 2001); María Rosa de Madariaga, *España y el Rif: Crónica de una historia casi olvidada* (UNED, 2008); y, por último, Richard C. Pennel, *La Guerra del Rif: Abdelkrim El-Jattabi y su estado rifeño* (UNED; La Biblioteca de Melilla, 2001).

hombres ocupan sus puestos, y, una vez más, el Rey firma el mismo proyecto para presentarlo a las Cortes y aquellos que, en principio, lo aprobaban, pero que fracasaron en lograr su aprobación, por Ley o lógica política, al estar en la oposición, se oponen entonces a él [...] Sé el terreno que piso y sé lo que puedo decir. Y porque lo sé, y en vista del estado de cosas que he descrito, siento la necesidad de que las provincias inicien un movimiento de apoyo al Rey y entonces en el Parlamento el bienestar de la Nación triunfará.⁸

La inutilidad del Parlamento ilustraba lo quebrantado que se hallaba el andamiaje de la Restauración. Desde 1913, momento iniciático de esa evidente deriva, el Partido Conservador estaba fraccionado entre los conocidos como «idóneos» —o, lo que es lo mismo, los datistas— frente a los mauristas. Cuatro años después, también el Partido Liberal se escindió en tres grandes bloques. La sucesión de todos ellos, a un ritmo cada vez más vertiginoso, revelaba que, más allá del descrédito parlamentario, el verdadero problema del sistema radicaba en la prostitución del sufragio. Tal y como reconocía el maurista José Calvo Sotelo: «Cuando el poder público convocaba a comicios, o se aplicaba el frondoso y bienquisto artículo 29, o se simulaba la mecánica electorera».⁹

Al mismo tiempo, la Unión General de Trabajadores (UGT) crecía notablemente en puertos y ciudades, y el Partido Comunista de España (PCE) adquiría carta de naturaleza casi coincidiendo con Annual. La división y radicalización del movimiento obrero —en respuesta, sin duda, al pistolero y a episodios como el asesinato de Salvador Seguí (marzo de 1923)— condicionaron profundamente este momento histórico, sin olvidar el mesianismo de una opinión pública desilusionada, la intensificación del nacionalismo catalán, muy apreciable desde la huelga de La Canadiense en febrero de 1919, y la ambición de poder de algunos generales. Este fue el caso del general Francisco Aguilera, encumbrado por las masas debido a su tan apreciable empeño por depurar responsabilidades tras la hecatombe de Annual, pero humillado por la clase política —con bofetón incluido— e inhabilitado, finalmente, para encabezar un golpe.¹⁰

El Gobierno conservador de José Sánchez-Guerra se esmeró a la hora de contemporizar con el movimiento obrero durante la segunda mitad de 1922. Entre otras cosas, permitió la rehabilitación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), lo que

⁸ Charles Petrie, *Alfonso XIII y su tiempo* (Dima, 1967), 178. La trascendencia, así como las peligrosas implicaciones de este discurso, fueron puestas de relieve por Miguel de Unamuno, entre otros. Meses después de conocerlo, aseveró: «Cuando se estudie la historia íntima del régimen político de España en estos años, se verá que el Desastre de Annual ha sido una fortuna. Sin él habríase intentado el golpe que se anunció en Córdoba». Miguel de Unamuno, «La hora de la libertad», *El Socialista*, 22 de marzo de 1922.

⁹ José Calvo Sotelo, *Mis servicios al Estado* (Instituto de Estudios de la Administración, 1974), 16.

¹⁰ Francisco Alía Miranda, *Duelo de Sables: El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)* (Biblioteca Nueva, 2006), 131-137. Se relatan los incidentes del 3 y el 5 de julio de 1923 en el Senado, primero con Sánchez de Toca y luego con Sánchez-Guerra, que hundieron el prestigio de este general, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Justicia (al parecer, para satisfacción regia).

enfureció a la Lliga Regionalista; destituyó a Martínez Anido como gobernador civil de Barcelona, lo que molestó a la burguesía catalana (aunque sí satisfizo a la Lliga, que consideraba al general *españolista* en exceso); y, como se verá, también intentó aplacar la cólera socialista llevando al Congreso el malhadado asunto de las responsabilidades. No obstante, esto terminaría por sobrepasar al Gobierno de Sánchez-Guerra. Con su caída en diciembre, el panorama político se tornó muy preocupante.

Breve estado de la cuestión: El africanismo castrense y sus rasgos definitivos

Desde el principio de su andadura, los militares se enseñorearon en la zona asignada al norte de Marruecos.¹¹ Teóricamente, con la fórmula jurídica del protectorado se buscaba arrastrar a los *nativos* hacia la «civilización» desde la premisa de la conservación y el respeto hacia las formas de gobierno local, que estaría únicamente tutelado por un interventor.¹² Sin embargo, la realidad se alejó pronto de estas aspiraciones, preñadas de altruismo, porque España carecía de una experiencia colonizadora previa, aunque podía presumir de una dilatadísima historia de conquistas. Al menos hasta 1927, los oficiales africanistas hicieron de su porción del sultanato poco menos que un feudo: un espacio en el que enriquecerse y para promocionar en el escalafón.¹³ El protectorado, por tanto, les ofreció la posibilidad de dar rienda suelta a su espíritu imperialista y de hacer brillantes carreras con meteóricos ascensos. Además, supieron obtener buen rédito del caos peninsular, cifrado en la existencia tanto de una población desnortada cuando se trataba de definir la política exterior como de unos gobiernos ensimismados, más volcados en la mera supervivencia que ejerciendo el poder ejecutivo.

Sin embargo, el Ejército era una institución compleja y desafiante: macrocefálico, mal retribuido y peor equipado, anímicamente abatido y socialmente aislado, porque su creciente intervencionismo en materia de orden público estaba alimentando el viejo fantasma golpista.¹⁴ Sus tradicionales disputas internas nacían de los desiguales

¹¹ Sobre los primeros acuerdos para la colonización del territorio, Youssef Akmir, *De Algeiras a Tetuán, 1875-1906: Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos* (Instituto de Estudios Hispano-Lusos, 2009).

¹² Instrumentos auxiliares de las Oficinas de Intervención fueron el Consultorio de Moros y la Escuela de Moros. El médico y el maestro fueron siempre hábilmente utilizados para el «tanteo político» de las cabilas. Véase José Luis Villanova, «La formación de los interventores en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)», en *El Protectorado español en Marruecos: Gestión colonial e identidades*, ed. Felipe Rodríguez Mediano y Helena Felipe (CSIC, 2002), 247-280; y José Luis Villanova, «La pugna entre militares y civiles por el control de la actividad interventora en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)», *Hispania* 220 (2005): 683-716.

¹³ Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII* (Alianza, 1990), 51-53. Los africanistas disfrutaron de sueldos que duplicaban al de sus compañeros en la península y de ascensos mucho más rápidos en un contexto de saturación de las escalas.

¹⁴ La aprobación en 1906 de la ley de Jurisdicciones precipitó la deriva castrense hacia posiciones ultraconservadoras. Su participación destacada en los sucesos de 1917 redundaría en el mismo sentido. Para más detalles sobre la organización y preparación doctrinal del ejército en los meses previos al Desastre de 1921, Fernando

privilegios de que gozaba cada arma. Así, la caballería y la infantería a menudo se creían relegadas ante los cuerpos más técnicos y elitistas como eran la artillería, ingenieros y el Estado Mayor.

Un primer trabajo que perfiló la existencia de cuatro facciones dentro del Ejército español fue el de Balfour y La Porte.¹⁵ Los autores distinguieron una cultura juntera, otra dominada por los burócratas peninsulares, la de los politizados a favor de la república y, por último, la heterogénea cultura africanista. En este último caso, la oficialidad, como la tropa, estaba unida por un comprensible sentimiento de camaradería derivado de la brutalidad de la vida en campaña. No obstante, aludieron al contraste entre mandos civilistas y militaristas, enfatizando que fue en Marruecos donde se perfilaron los dos bandos que posteriormente se enfrentaron en la Guerra Civil.¹⁶

El africanismo arraigó particularmente entre la oficialidad de las tropas de choque (el Tercio y los Regulares), las que más claramente contemplaron Marruecos como tierra de expiación y escenario para una mágica reconstitución.¹⁷ Casi todos los africanistas apelaron a la importancia geopolítica de esta región para defender un imperialismo de naturaleza compensatoria y, de paso, para censurar la labor de los diplomáticos. Además, exhibieron frecuentemente un españolismo férreo, iliberal y nostálgico, que glorificaba el arrojo en combate al tiempo que desdeñaba en la esfera política, sobre todo, a los socialistas. Hicieron del fanatismo bélico, o de su codicia por las laureadas, sus principales rasgos identitarios.

Pese al éxito publicitario de la frase de Ortega y Gasset «Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro Ejército un puño cerrado», el faccionalismo castrense se intensificó durante la guerra del Rif. Muchos militares partidarios de la penetración política —pero, insistimos, no todos— se formaron en la Escuela Superior de Guerra (el joven Francisco Gómez-Jordana, Emilio Barrera, Ignacio Despujol, Gabriel Morales o Juan Picasso). Otros se emplearon como mandos de las fuerzas de policía e hicieron gala de un carácter respetuoso, cuando no de franca admiración, hacia los marroquíes (Juan Luis Beigbeder, por ejemplo). Frente a este colectivo, los militares más belicosos, aquellos que apostaban por la gloria —los «flamencos», como los bautizó Primo de Rivera—,¹⁸ se atareaban en la dirección de las mentadas tropas de choque y exhibían un común desprecio hacia sus compañeros del Estado Mayor.

Puell de la Villa, «El ejército español en vísperas de Annual», *Studia Historica: Historia Contemporánea* 39 (2021): 17-47.

¹⁵ Sebastian Balfour y Pablo La Porte, «Spanish military cultures and the Moroccan wars, 1909-1936», *European History Quarterly* 30 (2000): 310.

¹⁶ Sebastian Balfour, *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)* (Península, 2002), 381-435.

¹⁷ Un estudio pionero del colectivo en Andrés Mas Chao, *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)* (Servicio Geográfico del Ejército, 1988). Una síntesis más certera en Federico Villalobos, *El sueño colonial: Las guerras de España en Marruecos* (Ariel, 2004), 55-88.

¹⁸ Susana Sueiro Seoane, *España en el Mediterráneo: Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930* (UNED, 1993), 322-323.

Todavía es posible abundar más en estas tipificaciones y hay quien repara en que bastantes africanistas hicieron del protectorado el paraíso de la corrupción y del favoritismo. Los primeros, como recuerda la arabista Madariaga, fueron los bautizados en la Península como «caponíferos».¹⁹ Consiguieron pequeñas fortunas a través del pluriempleo, del contrabando armamentístico y también desviando un porcentaje de los fondos públicos dedicados a la construcción de carreteras y cuarteles, así como al suministro de víveres, a las manos del oficial de turno. Quizás el más célebre de todos estos chanchullos fue el conocido como escándalo del millón de Larache.²⁰ Al sobrevenir el desastre en Annual, muy pocos de estos oficiales lucharon por mantener la moral elevada entre sus soldados.

Los segundos, retratados en la prensa casi como héroes de leyenda, recibían el apodo de «jabatos». Lo que ocurre, en el fondo, es que los más militaristas conforman, sin duda, el subgrupo de caracterización más discutible. Porque ¿acaso es razonable incluir en el mismo saco a Manuel Fernández Silvestre, José Sanjurjo, José Cavalcanti, Leopoldo Saro, Francisco Franco o José Millán-Astray? Según el hispanista Sebastian Balfour, se creyeron caballeros cristianos de la España medieval y practicaron a menudo —que no siempre y, de nuevo, importan los matices— un disoluto estilo de vida, cultivando una ideología fundamentada en el culto extremo hacia la violencia, la creencia en la redención tras la muerte en el frente y un exacerbado machismo. Curiosamente, fue este fanatismo guerrero el que les indujo a rechazar siempre el empleo de armas químicas en el Rif. Ellos anhelaban la gloria, las distinciones y, en definitiva, la guerra como forma ideal de existencia.²¹

Decididos, pues, a sortear las siempre objetables categorizaciones, algunos investigadores han preferido volcar sus energías en definir y explicar la evolución del colectivo africanista desde enfoques próximos a la antropología y la sociología. Gustau Nerín, al investigar la personalidad, las ideas y la actuación de estos combatientes, ha logrado hacernos entender mejor la brutalidad de la posterior guerra civil, ofreciendo además una interpretación innovadora del franquismo, mucho menos emparentado con el pensamiento fascista que con la experiencia colonial.²² Más recientemente, Daniel Macías ha procurado también adentrarse en el universo mental de los africanistas con una exhaustiva investigación sobre qué supuso para ellos el trauma de 1898 o, andado el tiempo, el desarrollo y puesta en marcha de métodos expeditivos de avance (las razias o los gaseamientos). A su juicio, la práctica de la guerra irregular generó una espiral de

¹⁹ María Rosa de Madariaga, *En el Barranco del Lobo: Las guerras de Marruecos* (Alianza, 2005), 250-265.

²⁰ Carlos Sánchez Tárrego, *El millón de Larache: Cien años después (1923-2023)* (Sial; Casa de África, 2023), 19-34.

²¹ Balfour, *Abrazo mortal*, 327.

²² Gustau Nerín, *La guerra que vino de África* (Crítica, 2005), 71-90. Esta investigación analiza magistralmente los posicionamientos políticos de los africanistas durante el primer tercio del siglo XX, marcados por una visión conspirativa de la historia.

violencia que marcó profundamente a los africanistas, dotándolos de un *esprit de corps*, una conciencia de enorme singularidad. La exaltación de las virtudes castrenses y viriles que promovió el africanismo condujo al surgimiento de una mística de la muerte; una estética particular, definida por el culto hacia las cicatrices y heridas; y, por último, formas de ocio también distintivas (el alcoholismo y la prostitución).²³

Sensibilidades heridas: Antecedentes político-militares del 13 de septiembre de 1923

Desde muy temprano —podría servir de referencia la celebración de la Conferencia de Algeciras (1906)—, los partidos y sus dirigentes fueron cambiando la política marroquí en función de múltiples variables: la actitud de la opinión pública, la disponibilidad de recursos, los apremios del rey, la sensibilidad de los distintos líderes, la conducta más o menos leal de los rebeldes marroquíes, etc. En cambio, los africanistas, desde una óptica más simple por rígida, creían que todos estos vaivenes constituían una debilidad; una flaqueza que se acrecentó, como ya se ha anticipado, a finales de 1922.

La crisis del Ejecutivo presidido por Sánchez-Guerra se solucionó con el regreso al poder de los liberales, formándose un Gobierno presidido por Manuel García Prieto, con Santiago Alba en Estado y Niceto Alcalá-Zamora en Guerra. Había tres puntos de su programa político que iban a resultar determinantes para abrir la ruta hacia el golpe de Estado: priorizar la acción civil sobre la militar en el protectorado, llegar hasta el final en la exigencia de responsabilidades por el desastre de Annual y reducir los gastos de personal militar mediante la amortización de vacantes y el cierre de las academias militares. Mientras que los dos primeros puntos enojaron a los africanistas, el último molestó a la mayor parte de la oficialidad, que se consideró, una vez más, convertida en cabeza de turco de las políticas de ahorro.²⁴

Procurando esa preeminencia de lo civil, el traslado de Luis Silvela desde el Ministerio de Marina a la Alta Comisaría en febrero de 1923 tensó sobremanera la situación.²⁵ El mensaje de Santiago Alba era de una claridad meridiana: buscaba el sometimiento de los militares, pero logró desatar los primeros y alarmantes rumores de «ruido de sables y espuelas por todas partes». Además, le atribuyó en exclusiva «la iniciativa de cuantas operaciones hayan de efectuarse en el Protectorado», prohibiendo el inicio de cualquier acción de guerra sin su conocimiento y obligando a los comandantes generales a someter a su aprobación cualquier plan que creyeran necesario emprender, así

²³ Daniel Macías Fernández, *Franco «nacido en África»: Los africanistas y las campañas de Marruecos* (Tecnos, 2019), 59-99, 321-347. Sobre la llamativa relación amor-odio entre africanistas y combatientes marroquíes, véase Daniel Macías Fernández y María Gajate Bajo, «Ni contigo ni sin ti: La africanidad en el discurso de los militares africanistas (1909-1927)», *El Futuro del Pasado* 14 (2023): 377-408.

²⁴ Fernando Puell de la Villa y María Gajate Bajo, *La sombra de Alfonso XIII: El general Saro, de Cuba a Alhucemas* (Marcial Pons; Ministerio de Defensa, 2025), 287-289.

²⁵ Real Decreto de 16 de febrero de 1923, *Gaceta de Madrid* 49 (18 de febrero de 1923): 602.

como cualquier otro proyecto que consideraran preciso, incluida la «construcción de pistas, carreteras y ferrocarriles de carácter militar».²⁶

A resultas de estas disposiciones, cambió el rumbo de las reuniones del bautizado como Cuadrilátero, que se habían iniciado a raíz del encartamiento de Dámaso Berenguer y con el propósito de «acabar con la influencia civil en Marruecos e imponer la acción militar a fondo hasta sofocar la insurrección de los rifeños».²⁷ En adelante, sin embargo, se dedicaron a reunir información sobre el estado de opinión de la oficialidad y a sopesar la conveniencia de contar con un teniente general que detuviera el asunto de las responsabilidades. Sabido es que, después de la humillación pública del general Aguilera, quien terminaría por encabezar la sublevación fue el general jerezano Miguel Primo de Rivera. Insistimos en que no compartía el credo africanista, pero sí su profundo carácter antisistema.

Sea como fuere, dos ideas primaban en el pensamiento africanista antes del 13 de septiembre de 1923: la sensación de que España iba a la deriva por culpa de los políticos, a cada cual más incompetente a la hora de plantear una solución para el problema marroquí;²⁸ y la del agravio comparativo, porque estaban siendo testigos de cómo avanzaba la depuración de las responsabilidades militares —en virtud de la meticulosa investigación efectuada por el general Picasso y luego ampliada por el Consejo Supremo de Guerra y Marina—, pero no la de las responsabilidades políticas.²⁹ Si bien el Ejecutivo de Sánchez-Guerra había otorgado carta de naturaleza a dos comisiones parlamentarias para hacerlas efectivas y para responder a las increpaciones del diputado socialista Indalecio Prieto, sus trabajos transcurrían con una exasperante lentitud en un ambiente intoxicado. La llamada Comisión de los Diecinueve, incapaz de alcanzar un dictamen, fue sustituida en 1923 por la Comisión de los Veintiuno. Los diputados que integraban esta se reunieron varias veces, recabando información adicional del antiguo alto comisario Berenguer, Gómez-Jordana, José Riquelme y otros. Después de las vacaciones estivales, el pleno no pudo reunirse, aunque el voto de sus conclusiones estuviera previsto para el 2 de octubre, porque se le adelantó Primo de Rivera.

²⁶ Real Orden de 19 de febrero de 1923, *Gaceta de Madrid* 51 (20 de febrero de 1923): 626-627.

²⁷ Cándido Pardo González, *Al servicio de la verdad: Las Juntas de Defensa Militares, el Protectorado de Marruecos y Alhucemas, la Dictadura del segundo marqués de Estella. Aportaciones para un estudio crítico de la Dictadura del General Primo de Rivera* (Madrid: Imprenta Rehyma, 1930), 357.

²⁸ Ramón Díez Rioja, «El desembarco de Alhucemas: La operación definitiva del colonialismo español en Marruecos (1911-1925)» (tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2019), 248-263. A mediados de 1923, Silvela, para mayor disgusto de los africanistas, desechó el proyecto de desembarco y ocupación de Melilla defendido por el general Severiano Martínez Anido, entonces comandante general de Melilla. Se necesitaban cincuenta mil hombres para su ejecución, lo que chocaba de lleno con los planes del gobierno de concentración liberal.

²⁹ «La revisión de fortunas», *La Acción*, 31 de julio de 1923, 1. El editorial es un brutal ataque hacia los políticos: «Es una gran infamia, porque si no hay Ejército ni lo había cuando Annual, y por eso hubo Annual, a los políticos se debe y solamente a ellos».

De modo secundario, otros elementos también incidieron en la consolidación de la cosmovisión africanista. La atmósfera política y militar se hallaba enrarecida por la prohibición de las comisiones informativas, ya que, aunque las juntas habían sido teóricamente desarticuladas, continuaban maniobrando en la sombra. La hostilidad entre ambas familias militares alcanzó uno de sus momentos estelares con la celebración del juicio por el convoy a Tizza. A finales de septiembre de 1921, durante las operaciones de desquite que siguieron al hundimiento casi total de la comandancia de Melilla, los españoles se propusieron levantar el cerco al que estaba sometido el estratégico enclave de Tizza. Ante la resistencia tan enconada que ofrecía el enemigo y a la vista de la ineficacia de sus subordinados, el general Cavalcanti decidió lanzarse al galope con un pequeño grupo de jinetes para cubrir la distancia de un kilómetro e introducir suministros en la posición. Esta acción, en la que cayeron dos oficiales y sesenta y siete soldados, supuso su procesamiento en 1923 y, aunque resultaría absuelto al año siguiente, envenenó a los junteros, sobre todo al ser propuesto para una segunda laureada. Además, se condenó a penas leves de prisión correccional militar a algunos mandos bajo sus órdenes: un general de brigada (Tuero) y a dos coroneles (Lacanal y Sirvent), todos integrantes de las juntas.³⁰

Tampoco debemos perder de vista el enorme malestar que había generado en los africanistas el pago de un rescate por los prisioneros que Abd el-Krim mantenía en Axdir, la capital de su recién nacida república. Santiago Alba gestionó el rescate de los 367 oficiales, soldados y civiles que aún seguían en poder de Abd el-Krim. Su liberación tuvo lugar el 27 de enero de 1923, a cambio del pago de 4 millones de pesetas (casi 11 millones de euros), otras 270 000 (715 000 euros) de indemnización por gastos de transporte y manutención y la puesta en libertad de 40 rifeños presos en España. Mientras que la prensa liberal celebró el rescate, la conservadora desató una campaña contra García Prieto y Alba, presentándolos como enemigos de la Iglesia, la propiedad y el Ejército.³¹ En particular, Alba fue duramente censurado, ya que el ejército interpretó el pacto para el rescate como una humillación. Las críticas de los africanistas se pusieron de manifiesto en un escrito publicado por la Unión Ciudadana el 12 de febrero.³² No obstante, Silvela se mostró firme en su compromiso con la implantación de un protectorado de carácter civil, en lugar de seguir una política de conquista.³³ Este cambio de orientación desembocó, en junio, en una situación de total desesperación para los soldados españoles, que quedaron atrapados en la posición de Tizzi Assa.³⁴

³⁰ Expediente 51, n.º 34, 10-19, Reservado, Tribunal Supremo, Archivo Histórico Nacional [AHN], Madrid. También «El general Tuero y los coroneles Lacanal y Sirvent, condenados. El general Cavalcanti, absuelto», *El Sol*, 23 de febrero de 1924, 3; y «Tuero, Lacanal y Sirvent en libertad», *El Sol*, 11 de julio de 1924, 3.

³¹ «El rescate de los cautivos de Axdir», *La Época*, 29 de enero de 1923, 1-2.

³² Shlomo Ben-Ami, *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (Planeta, 1984), 31.

³³ «Los problemas amenazadores», *El Sol*, 5 de mayo de 1923, 1.

³⁴ Más detalles sobre estos combates en Jaime Latas Fuertes, *La batalla por Tizzi-Azza y la muerte de Valenzuela* (Galland Books, 2023).

Una última circunstancia que generó el monumental cabreo de los africanistas fue la blanda actuación de la justicia castrense tras el amotinamiento de la tropa en Málaga en agosto 1923. El jueves 23 de agosto, la tensión en las salas de banderas y en la calle se agudizó al saberse que en el muelle de Málaga se había amotinado la tropa de un regimiento que estaba a punto de embarcar hacia Melilla. El orden se restableció entrada la noche, con un balance de un suboficial muerto y un oficial y seis soldados heridos a manos de los amotinados, de los que 74 fueron detenidos y 39 desertaron. Nada más conocer lo sucedido, Primo de Rivera forzó a Sánchez-Guerra a aplicar «un pronto y ejemplar castigo si se quiere evitar posibles repeticiones en peores circunstancias, como hubieran concurrido al embarcar en Bilbao en un ambiente de rebeldía y huelga» y aprovechó la ocasión para dar su opinión sobre lo que debería hacerse en Marruecos, un problema «espiritual y económico [que] incuba y facilita la revolución social comunista, cada día más preparada y dispuesta». ³⁵

El lunes siguiente, un consejo de guerra sumarísimo condenó a muerte a un cabo y a penas de privación de libertad a 14 soldados. El martes, ante el clamor popular y periodístico que pedía la conmutación de la sentencia de muerte, el Gobierno interrumpió sus vacaciones y se avino a concederla, lo que encorajinó a la oficialidad. ³⁶ Una semana después, la indignación se disparó al publicarse en una revista de gran circulación la fotografía del cabo abrazado al comandante juez instructor y al capitán encargado de su defensa tras comunicárselo. ³⁷ Para el Ejército de África, este indulto suponía un ataque en toda regla a la disciplina castrense.

Los acontecimientos se precipitaron desde este preciso instante. Aunque no nos detendremos en ello, Primo de Rivera se alzó con la dirección del país apenas una semana más tarde, esgrimiendo un rudimentario programa de corte regeneracionista conservador. ³⁸ Entre sus grandes propósitos figuraban la estabilidad gubernamental, la procura de una menor conflictividad social, el sometimiento de los nacionalistas vascos y catalanes y, por último, una solución para el «avispero» rifeño. ³⁹ Sin embargo, podemos anticipar que, hasta bien avanzado 1924, su política marroquí fue continuista y la tropa en el protectorado se mantuvo casi siempre a la defensiva.

³⁵ Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al presidente Sánchez-Guerra, 25 de agosto de 1923, carpeta 1 bis, Golpe de Estado, Archivo Particular de Primo de Rivera [APR], Madrid.

³⁶ «Los sucesos de Málaga», *El Sol*, 25 de agosto de 1923, 1; «El Rey ha indultado al cabo Sánchez Barroso», *El Sol*, 29 de agosto de 1923, 1. Varios errores procesales justificaron el indulto, pero los africanistas desconocían estos detalles. Véase Gerardo Muñoz Lorente, *La dictadura de Primo de Rivera* (Almuzara, 2022), 47.

³⁷ «El cabo Sánchez Barros [sic], indultado», *Mundo Gráfico*, 5 de septiembre de 1923, 13.

³⁸ Puell de la Villa y Gajate Bajo, *La sombra de Alfonso XIII*, 292-310.

³⁹ Roberto García Villa, *1923: El golpe de Estado que cambió la historia de España* (Espasa, 2023), 585-589.

Primo de Rivera y sus primeros pasos en la dirección de la política marroquí

Es algo muy sabido, incluso un tópico al perfilar su trayectoria vital, que Primo de Rivera había sido cesado como gobernador militar de Cádiz en 1917 y como capitán general de Madrid cuatro años después, a causa de sus manifestaciones favorables al abandono militar del protectorado y a la permuta con Gran Bretaña de las plazas de Ceuta y Gibraltar.⁴⁰ No obstante, decidido a asumir los mandos del país, comenzó mostrándose precavido en el famoso manifiesto de septiembre de 1923: «Ni somos abandonistas ni creemos pendiente de un terco empeño en Marruecos el honor del ejército. Buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata», postura que calificó como «pragmatismo estratégico».

En verdad, el dictador contemplaba la guerra marroquí como una cuestión de primer orden, a pesar de sus querencias abandonistas, y ello le indujo a tomar dos decisiones urgentes que, dada la coyuntura, se revelaron acertadas: la fijación de una relación directa con el alto comisario, prescindiendo de la intermediación del Estado y del Ministerio de la Guerra, tan tormentosa en el pasado;⁴¹ y el nombramiento al frente de la Alta Comisaría de un militar, el general Luis Aizpuru, eliminando el carácter civil de este cargo en un momento de considerable tensión bélica.⁴² En la esfera pública, Primo de Rivera procuró en las mismas fechas arrinconar la idea de un desembarco en Alhucemas, señalando que no era algo apremiante.⁴³ En cambio, sí ordenó el licenciamiento de miles de reclutas e inició una negociación con los rifeños, al tiempo que prometía resolver el problema de Marruecos por medio de «las armas y la diplomacia juntas».⁴⁴

Al margen de estas manifestaciones, el presidente del Directorio estaba muy preocupado por las acometidas de «El Jeriro», lugarteniente de Abd el-Krim, en todo el territorio yebalí. Entre otras, se habían planteado situaciones muy dramáticas, como la vivida durante el cerco de Kobba Darsa en junio de 1924 o el aniquilamiento de Taza a finales de agosto. Abd el-Krim había logrado alumbrar un nuevo Estado, la efímera República del Rif, dotado de un ejército fuerte y de cierta solidez administrativa, capaz de negociar con algunos consorcios mineros, así como de solicitar su reconocimiento por parte de Londres y de la Sociedad de Naciones. Pero, ante todo, Abd el-Krim era hijo de la guerra y vivía para la guerra; requería de un espacio vital y, sintiéndose constreñido en la zona oriental tras el desquite, había decidido, primero, enfrentarse a El Raisuni y, más tarde, hacer lo propio con los franceses. Entretanto, la impaciencia

⁴⁰ Francisco Alía Miranda, *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (Catarata, 2023), 45.

⁴¹ Francisco Gómez-Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos* (Editorial Nacional, 1976), 27. Escribía sobre la Sección de Marruecos, dentro del Ministerio de Estado, que fue «factor común de todos los entorpecimientos, pesadilla de todos los Altos Comisarios, que jamás encontraron en ella más que obstáculos y maquinaciones para su desprestigio».

⁴² Real Decreto de 16 de 1923, *Gaceta de Madrid* 259 (16 de septiembre de 1923): 1115.

⁴³ «El presidente del Directorio hace declaraciones», *El Sol*, 11 de octubre de 1923, 2.

⁴⁴ «Tentativa de regeneración nacional», *La Vanguardia*, 14 de diciembre de 1923, 3.

cundía entre el sector africanista, que denunciaba las consecuencias nefastas de que las tropas permaneciesen expectantes:

Por mucho que ansiemos la paz de Marruecos, de hecho, existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos. No es posible permanecer quietos desempeñando la eterna parodia de un protectorado.⁴⁵

El protectorado civil quedaba desacreditado, según estas palabras del joven Francisco Franco, y el abandonismo de Primo no tenía cabida. Y es que, a comienzos de septiembre, Xauen se hallaba completamente aislada y únicamente tras un mes de enconados combates pudo restablecerse su comunicación con Tetuán. Estas luchas encarnizadas, que solo se resolvían de manera provisional, animaron al dictador a decantarse por un remedio muy discutido, en las antípodas de lo que entonces reclamaba el teniente coronel Franco: la retirada de Xauen dentro de un plan general de repliegue que permitiría recortar las fuerzas en el protectorado de 125 000 a 50 000 militares.⁴⁶ Dicha solución empezó a concretarse antes de que el dictador viajase a Tetuán el 5 de septiembre de 1924, cuando comunicó a Alfonso XIII su plan de rectificar la línea del frente, amparándose en que los miembros del Directorio se mostraban proclives a desechar tanto los avances arriesgados como a mantener posiciones a todo trance:

No por presión del enemigo, sino porque así conviene al interés público y al acertado desenvolvimiento del problema, el directorio propone la rectificación de frentes replegando las fuerzas a líneas más fuertes y seguras que permitan la reducción de efectivos, y consiguientes gastos, y tras las cuales se pueda intensificar el protectorado, mostrándolo al mundo y al propio país insumiso como modelo de organización [...]. La solución que el Gobierno propone no es pues un desistimiento de compromisos aceptados anteriormente, cuyo acierto no hay para que enjuiciar ahora, ni un abandono precipitado y sin medir sus consecuencias, ni es tratar de cambio o permutas cuya oportunidad, si la hubo, la ofreció el desenvolvimiento de la guerra mundial y es pasada desde que desaparecieron las recíprocas situaciones y circunstancias de los pueblos con que se había de concertar y convenir; es afirmar y ratificar la voluntad de España de dar cumplimiento a la misión aceptada en el Norte de Marruecos, pero con aquel método y espacio de tiempo que le permitan la acción continua, sin esfuerzos esporádicos ni dispendios inaguantables.⁴⁷

⁴⁵ Francisco Franco, «Pasividad e inacción», *Revista de Tropas Coloniales* (Ceuta) 4 (abril de 1924): 4.

⁴⁶ Muñoz Lorente, *La dictadura de Primo de Rivera*, 248.

⁴⁷ Minuta mecanografiada para un despacho del general Primo de Rivera con Alfonso XIII, s. f., carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, carpeta 19/5, APR.

El dictador, como parece evidente, se estaba amilanzando y comenzaba a asumir que, aunque no había hallado dificultades para amnistiar a Dámaso Berenguer y a Felipe Navarro,⁴⁸ le iba a tocar ceder en otras parcelas. O lo que es lo mismo: debía templar su abandonismo —en favor de un semiabandono— tanto por el rechazo que suscitaba en el Gobierno británico, temeroso de que una Francia sin remilgos se abalanzara sobre la zona española, como entre los propios africanistas.⁴⁹

¿Qué había ocurrido con ellos después de que Franco publicara su célebre artículo? El 19 de julio de 1924, su hartazgo y frustración habían salido a la luz de manera intempestiva durante una visita de Primo de Rivera, acompañado por los generales Aizpuru y Sanjurjo, a Ben Tieb. Aquí se ubicaba el cuartel de la Legión al mando de Franco y, aunque sobre este episodio han circulado abundantes versiones, nada trascendió en la prensa de la época. Semejante rareza, por descontado, alimentó la propagación de numerosos rumores.

Según la leyenda popular, al dictador le ofrecieron un almuerzo elaborado a base de huevos para demostrarle qué le sobraba a la Legión (y qué le faltaba a él).⁵⁰ Sin embargo, las investigaciones más recientes apuntan al carácter apócrifo de esta anécdota, aunque confirman que el encuentro fue extraordinariamente tenso.⁵¹ En boca de Franco ponen un discurso incendiario, alardeando de su deseo por «llegar hasta el último peñascal del Rif [...] a pecho descubierto». ⁵² La contestación del dictador, defendiendo el repliegue, fue recibida entre murmuraciones y silbidos. Y remataba: «Para mantener la disciplina, en vez de ciega acometividad, debe existir una ciega obediencia al mando».

⁴⁸ «Informaciones: Notas militares», *La Época*, 8 de julio de 1924, 1.

⁴⁹ Como muestra, aunque el Reino Unido quiso dotar a Tánger de un verdadero carácter internacional, fue Francia la que asumió más facultades sobre la ciudad gracias al estatuto del 18 de diciembre de 1923, ratificado por España *ad referendum* dos meses después.

⁵⁰ Santiago Domínguez Llosá, «El incidente de Ben Tieb: Primo de Rivera y los africanistas», en *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) en Ceuta y el Norte de África* (Instituto de Estudios Ceutíes, 2024), 266-272. El autor sostiene que el menú a base de huevos es un mito y aclara que el viaje de Primo al Protectorado estuvo plagado de incidentes. Por ejemplo, durante un desfile en Ceuta, los legionarios, en vez de hacer vista a la derecha, donde estaba el dictador, hicieron vista a la izquierda, hacia Millán-Astray. Este trabajo se hace eco, por último, de una reunión entre Primo y Franco posterior al choque de Ben Tieb. Parece que el segundo convenció al dictador de evitar el repliegue en el frente oriental, pero no hay referencias directas a esta entrevista. Por norma, las alusiones a lo ocurrido en Ben Tieb son tardías y confusas. Se ha procurado esclarecer el episodio con la consulta del archivo particular del dictador —una de las principales motivaciones para efectuar este artículo—, sin éxito.

⁵¹ Muñoz Lorente, *La dictadura de Primo de Rivera*, 251-252. De acuerdo con el testimonio tardío del periodista Emilio Herrero, los legionarios planeaban, incluso, trasladar a Primo de Rivera a las Chafarinas si no cambiaba de actitud.

⁵² No nos resistimos a dejar de comentar que este tono exaltado de Franco recuerda a las bravuconadas del fallecido Silvestre y que la anécdota de los huevos, ficticia o no, encaja con su conocida «política testicular» (¡Por cojones!). Véase, para más detalles del episodio: Xavier Casals, *Franco y los Borbones: Historia no oficial de la Corona española* (Ariel, 2019), 76-77; y Vicente Fernández Riera, *Xauen, 1924: La campaña que evitó otro Annual* (Almena, 2013), 44. El primer autor alude a una intentona golpista de Franco contra Primo en septiembre de 1924, aunque fue trunca. Fernández Riera, al contrario, minimiza el significado del incidente y rechaza que hubiese cualquier amago de amotinamiento durante el banquete.

José Varela llegó a replicar al dictador: «Mal, muy mal, mi general». A lo que Primo, al parecer, respondió con un «no tenéis derecho a creer que monopolizáis el patriotismo».

Constituye un lugar común afirmar que este encontronazo animó a Primo de Rivera a abdicar de sus postulados abandonistas, evitando cualquier rectificación de líneas en la zona oriental. Ahora bien, como más adelante se comprobará, tan solo estaba aplazando una decisión ya tomada. Por el momento, la agresividad rifeña y el «más intenso estudio y reflexión» pesaban en este circunstancial cambio de opinión, definido por el tránsito del abandonismo a la intervención quirúrgica, con escala en el semiabandono o la semiocupación.

La creación de la línea Estella

Coincidiendo con la celebración del primer aniversario del golpe, Primo de Rivera escribía desde Marruecos a su amigo Juan O'Donnell, subsecretario del Ministerio de la Guerra con quien se carteaba casi a diario, para transmitirle, entre otras cosas, la necesidad apremiante de evacuar los Gorges, una permanente amenaza para la seguridad del protectorado, y, en segundo término, quejándose del comportamiento de muchos militares africanistas:

El espíritu de las tropas peninsulares está en consonancia, como ha pasado siempre, con el de los Jefes y Oficiales que las mandan [...] Jefes de columna hay pocos buenos. Acaso no pudiera designar más que a Morato, Castro, Riquelme, más media docena de Tenientes Coroneles entre los que habría que señalar a Fisher, Molina, Franco y algún otro; pero lo verdaderamente deplorable por lo inepto, inactivo y olvidado de su misión son los Estados Mayores.⁵³

Primo de Rivera, a la vista queda, no albergaba rencor contra Franco, uno de los africanistas más respetados. Sin duda, ambas circunstancias —velar por la seguridad de Tetuán y atar en corto a los mandos africanistas— pesaron en la decisión del dictador de asumir la Alta Comisaría de Marruecos, el 16 de octubre, con el propósito de dirigir personalmente las operaciones que se avecinaban.⁵⁴ El repliegue que se inició ese mismo mes en la zona occidental es lo que conocemos como «línea Primo de Rivera» o, más habitualmente, «línea Estella», por el marquesado del que era titular. Su establecimiento acarreó el desmantelamiento de unas trescientas posiciones, muchas de ellas en situación precaria, para erigir en cambio una sólida línea defensiva que uniese Ceuta, Tetuán y Alcazarquivir, garantizando con ello, por tratarse de un compromiso

⁵³ Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al general Juan O'Donnell, 13 de septiembre de 1924, carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, Carpeta 19/5, APR.

⁵⁴ «El general Primo de Rivera, alto comisario», *El Imparcial*, 17 de octubre de 1924, 2.

internacional, la posibilidad de abordar la construcción de una vía férrea entre Tánger y Casablanca.⁵⁵

Este retroceso sobre la línea Estella pronto encontró el apoyo decidido de la prensa. He aquí un ejemplo: «España no hace dejación de los derechos y deberes que los tratados le asignaron en Marruecos, sino que se apresta a ejercerlos y a llenarlos mejor por un sistema más razonable y eficaz que demanda menores sacrificios».⁵⁶ El dictador, en privado y en pleno proceso de retirada, se enorgullecía de lo que juzgaba un acierto:

El sistema de fuertes pequeños y próximos, susceptibles de perfección enlazándolos por alambradas u otros obstáculos y dejando contado número de pasos a la línea, apoyados a retaguardia, a modo de reservas, por las posiciones que permiten tener artillería o ametralladoras, es como el despliegue de un ejército a cubierto [...] Todo esto será una fortaleza enorme para la defensa [...] Los fortines pequeños o avanzadillas se han defendido mejor que los puestos principales, por tener menos necesidades que satisfacer y el moro bien sabe que no encuentra compensación en tratar de expugnar un fuerte de estos⁵⁷.

La propaganda política y mediática a favor de Primo de Rivera y su intervención en Marruecos alimentaron, de hecho, el conocido como «mito del estratega». Este alude a un supuesto plan premeditado, ideado por el general Gómez-Jordana, según el cual el dictador, al ordenar el repliegue, tendió una doble trampa a rifeños y franceses.⁵⁸ De acuerdo con esta tesis, Abd el-Krim fue incitado a abrir un doble frente de combate, pues, abandonado el territorio, se apresuró a ocuparlo hasta chocar con los galos. Los franceses, asimismo, se vieron forzados a colaborar militarmente con España. En el ámbito historiográfico no le han faltado seguidores a este planteamiento.⁵⁹ Aunque también se ha topado con muchos detractores: convencidos unos del pragmatismo de Primo de Rivera, que permanecía empeñado en forzar una revisión de los tratados;⁶⁰ seguros otros de la necesidad de apartar a la tropa española de los gaseamientos químicos,⁶¹ o persuadidos de que se trató directamente de un error de cálculo.⁶²

⁵⁵ Servicio Histórico Militar, *Historia de las campañas de Marruecos*, vol. 4 (Servicio Histórico Militar, 1951), 13-14. El repliegue se aprobó el 5 de septiembre y la evacuación de posiciones menores se prolongó hasta febrero de 1925.

⁵⁶ «Las perspectivas de paz», *Heraldo de Madrid*, 13 de noviembre de 1924, 1.

⁵⁷ Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al general Juan O'Donnell, 29 de diciembre de 1924: Carpeta 19/5, Correspondencia general, carpetilla Duque de Tetuán.

⁵⁸ Gómez-Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, 71.

⁵⁹ María Teresa González Calvet, *La Dictadura de Primo de Rivera: El Directorio Militar* (El Arquero, 1987), 198, 278; Julián Paniagua López, «¿Cómo ganó España la guerra del Rif? El plan de operaciones del Directorio Militar tras la retirada de Chauen, noviembre de 1924», *Norba* 32 (2019): 227-249.

⁶⁰ Sueiro Seoane, *España en el Mediterráneo*, 131-136; Villalobos, *El sueño colonial*, 250-251.

⁶¹ Balfour, *Abrazo mortal*, 200.

⁶² Fernández Riera, *Xauen, 1924*, 239-241. Se trata de la descripción más minuciosa de las operaciones habidas para la conformación de la línea Estella.

Más allá del mito y la propaganda, desde un enfoque técnico, hoy en día muchos historiadores consideran aquel repliegue un garrafal error y alguno incluso lo tilda de «descabellado, heterodoxo y peligroso». ⁶³ Se aduce, entre otras razones, que resultaba desaconsejable retirarse ante un enemigo crecido y, más si cabe, operando en un territorio abrupto, con caminos embarrados y mientras Primo de Rivera daba rienda suelta a sus usuales indiscreciones. Ciertamente, en el plazo inmediato ni se redujeron las tropas ni los gastos, ascendiendo a 2806 las bajas en septiembre (de ellas, 779 fallecidos). ⁶⁴ En el largo plazo, no está tan claro que el semiabandono concluyese en un fracaso.

Conocemos, por último, las pesimistas impresiones de Primo de Rivera sobre el desenvolvimiento de esta operación gracias a una larga exposición al Directorio, pródiga en detalles y de enorme relevancia para entender la evolución de sus razonamientos. Pese a su considerable extensión, merece la pena reproducir parte de su contenido:

En el momento actual y por lo que respecta a la Zona Occidental, donde el peligro se había presentado más agudo y amenazador, se ha llegado a una solución aceptable como transitoria. [...] Creía el exponente que el repliegue del Ejército español y el abandono de ciertas posiciones habría de dar lugar, por iniciativa francesa o de cualquier otro país, a gestiones encaminadas a modificar los Tratados. [...] Pero, sin duda por temor a tocar esta cuestión que pudiera ser modo de levantar un avispero, Francia ha tomado ciertas medidas para contrarrestar la falta de colaboración en la obra de ocupación del territorio que nuestro repliegue representa, pero no ha iniciado ni siquiera conversaciones en un sentido que modifique el actual estado de derecho [...] España encuentra reducido su problema, aunque sosteniendo todavía su ominosa carga de cien mil hombres en tierras de Marruecos, que con optimismo se podrá esperar a reducir a una mitad, pero nunca en más, aun cuando se llegue a la disminución del territorio en la zona oriental. Tendremos, pues, sobre nosotros y para el porvenir un esfuerzo económico no menor de ciento cincuenta millones de pesetas anuales y un desgaste de sangre no menor de un par de miles de bajas [...] ¿Es servir completamente al país dejar el problema planteado o estabilizado en estos términos? Yo creo sinceramente que no [...] Mi arraigado y antiguo modo de pensar me hace desechar como medio de engrandecimiento y de provecho para España toda ampliación de fronteras, mucho más mientras en el corazón nacional está clavada la dolorosa espina de Gibraltar [...] Todavía podían reducirse a más las aspiraciones de España [...]. Esta reducción podría consistir, lisa y llanamente, en mantener las plazas de Ceuta y Melilla [...]

⁶³ Salvador Fontenla Ballesta, «El principio del fin: la decisión», en *Reacción e innovación: El gran paso hacia la pacificación del Protectorado, 1921-1925* (Ministerio de Defensa, 2022), 183.

⁶⁴ Salvador Fontenla Ballesta, *La guerra de Marruecos, 1907-1927: Historia completa de una guerra olvidada* (La Esfera de los Libros, 2017), 203.

sin abandonar nunca la idea de que cualquiera de las dos plazas, lógicamente la de Ceuta, pudiera ser algún día la prenda de cambio por Gibraltar [...] Si ninguna de estas soluciones de carácter internacional fuera realizable, y el Gobierno creyera que sin nuevos convenios no debe abandonar por sí mismo de ninguna manera los compromisos que significan e imponen los ya contraídos, habrán de tomarse medidas indispensables para sostener el prestigio de la acción española.⁶⁵

Por tanto, el dictador no habría renunciado a su anhelo de ordenar un repliegue en la zona oriental, sino que lo había postergado por el desaire sufrido en Ben Tieb. Por otro lado, sus preocupaciones de índole económica y estrictamente humanitaria seguían intactas y en su mente seguía anidando la idea de un canje con el que satisfacer su irredentismo gibraltareño. Sin embargo, eran los compromisos internacionales los que le forzaban a acompasar sus pasos con los de los franceses.

Conclusiones: Rumbo a Alhucemas

Queda claro que Primo de Rivera consideraba el desembarco en la bahía de Alhucemas como la última decisión que adoptar, solo recomendable en la tesitura de que Francia y el Reino Unido se mostraran impasibles (como así ocurrió).⁶⁶ La rectificación de líneas, por de pronto, le había permitido únicamente reducir costes y congraciarse con la opinión pública.

Al iniciarse 1925 descartaba además la cooperación con Francia, si bien se disponía a efectuar un experimento en Alcazarseguir: un desembarco que, por cierto, salió bastante bien al terminar marzo y donde Franco tuvo una actuación destacada.⁶⁷ Primo de Rivera había logrado la repatriación de dieciocho mil hombres y confiaba en efectuar otras dos repatriaciones a lo largo de 1925.⁶⁸ En paralelo, empeñado en no renunciar a esta posibilidad, también había iniciado un acercamiento diplomático a Abd el-Krim que, por el momento, no daba los frutos anhelados.⁶⁹

⁶⁵ Minuta mecanografiada de una memoria sobre la situación en Marruecos, s. f., carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, Carpeta 19/5, APR. El documento, dictado por Primo de Rivera, no está fechado, pero su contenido permite datarlo en enero de 1925, tres meses después de haberse hecho cargo de la Alta Comisaría.

⁶⁶ El desembarco en Alhucemas se había propuesto muchas veces en el pasado: lo hizo el general Marina en 1910; García-Aldave al año siguiente; el finado Gómez-Jordana en 1913; y diez años más tarde, Martínez Anido. Por diferentes razones, todos aquellos proyectos acabaron desestimándose. Véase Díez, *El desembarco de Alhucemas*, 135-265.

⁶⁷ Francisco José Jiménez Moyano, «El desembarco de Alcazarseguir», *Revista de Historia Militar* 99 (2006): 59-76.

⁶⁸ José Manuel y Luis de Armiñán, *Epistolario del Dictador* (Madrid: Javier Morata, 1930), 53-55.

⁶⁹ Manuel Goded, *Marruecos: Las etapas de la pacificación* (Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1932), 128.

Por su parte, los seguidores de Abd el-Krim capturaron a El Raisuni a principios de ese año, lo que, unido a sus reiterados y exitosos ataques a los españoles, acrecentó su prestigio e influencia. Aunque el mariscal francés Hubert Lyautey era consciente desde hacía tiempo del peligro que aquello podría entrañar para la presencia gala en Marruecos y de que la amenaza sobre la línea del Uarga se acrecentaba, rehuía recurrir a la acción militar y lo fiaba todo a una acción política intensa. Más allá de que el escaso número de efectivos condicionara sus planes, el residente general no creía que Abd el-Krim intentase ninguna agresión seria antes de abril, absorto como se hallaba atacando a los españoles y sabedor de que el mal tiempo dificultaría ese movimiento. No obstante, comenzó a reforzar la línea fronteriza entre la zona francesa y la española. En ello estaba cuando, el 13 de abril de 1925, unos dos mil combatientes rifeños invadieron el territorio de los beni zerual.⁷⁰

Al principio, Primo de Rivera se mantuvo a la expectativa y continuó utilizando los servicios del empresario Horacio Echevarrieta para aproximarse al cabecilla rifeño.⁷¹ A finales de junio, ante el fracaso de estas negociaciones, se precipitó la celebración de la Conferencia de Madrid y, con ella, un cambio en las siempre tensas relaciones diplomáticas hispano-francesas.⁷² Entramos, así pues, en la etapa de preparativos de la llamada «operación definitiva»: Alhucemas.⁷³ Primo de Rivera y el mariscal Philippe Pétain se reunieron el 27 de julio, en Ceuta, y el 21 de agosto, en Algeciras para ultimar este plan militar conjunto.

Para terminar, se debe explicar por qué la retirada de Xauen no fue tan nefasta en el medio plazo. En 1932, el general Manuel Goded explicaba por qué había sido posible dar prioridad a las labores preparatorias del desembarco en la comandancia general de Ceuta y no en la de Melilla:

Diferente situación militar, pues en tanto que el de Ceuta (territorio occidental), reducida la ocupación militar a una estrecha franja de terreno [...], quedaban en realidad libres y disponibles para concentrarse e instruirse las fuerzas que habían de tomar parte en la operación, en el de Melilla (territorio oriental), más extenso y con mayor profundidad, no pudo disponerse de las unidades ni reunir las hasta pocos días antes de embarcar.⁷⁴

⁷⁰ Madariaga, *En el Barranco del Lobo*, 257-267.

⁷¹ Aunque, un día antes del ataque rifeño sobre el Uarga, el dictador le relataba al subsecretario del Ministerio de la Guerra que había empezado a estudiar a fondo cómo realizar el desembarco en Alhucemas. Carta mecanografiada del general Primo de Rivera al general Juan O'Donnell, 12 de abril de 1925, carpetilla Duque de Tetuán, Correspondencia general, Carpeta 19/5, APR.

⁷² Madariaga, *En el Barranco del Lobo*, 257-267.

⁷³ Diego Victoria Moreno, *El mito de Alhucemas: Negocio, tragedia y muerte en el Protectorado español de Marruecos (1921-1927)* (Nova Spartaria, 2024). El libro es una síntesis muy completa, sin que falte la necesaria reflexión, sobre los antecedentes y trascendencia de esta gran operación.

⁷⁴ Goded, *Marruecos*, 156.

A diferencia de Gómez-Jordana, Goded no achacaba esa relación de causa y efecto a la voluntad decidida de Primo de Rivera, pero asumía que sin el repliegue hubiera sido imposible dispensar un entrenamiento óptimo a las tropas ceutíes. Se halla en esta apreciación, por tanto, la única consecuencia positiva en el medio plazo del repliegue a la línea Estella. La instrucción básica del combatiente fue meticulosa y prolongada: desde junio, se practicó diariamente durante seis horas, de lunes a sábado, para ajustarla «a los reglamentos tácticos y de tiro». ⁷⁵ Incluso los días de lluvia se aprovechaban para impartir clases teóricas, casi siempre orientadas a elevar la moral de las tropas. ⁷⁶

La guerra de Marruecos terminó oficialmente en 1927, cuando se consiguió la «pacificación» total del territorio. Desde el desembarco, en la práctica, la resistencia rifeña había quedado muy mermada. De los integrantes de la gran familia africanista, José Sanjurjo, Leopoldo Saro y Francisco Franco fueron los más recompensados por su contribución a la operación de Alhucemas. En particular, Franco fue ascendido a general en febrero de 1926 y, dos años después, fue nombrado primer director de la reabierta Academia General de Zaragoza. Un gran éxito, sin duda, para esta compleja familia militar a la que hemos intentado retratar en un momento histórico trascendental.

Declaración de divulgación

La autora no ha declarado ningún conflicto de intereses potencial.

Financiación

La autora no ha recibido apoyo financiero para la investigación, la autoría o la publicación de este artículo.

⁷⁵ Mariano Santiago Guerrero *et al.*, *La Columna Saro en la campaña de Alhucemas* (Barcelona: Tipografía La Académica, 1926), 98-99. Mariano Santiago Guerrero fue el jefe de Estado Mayor de la denominada Columna Saro y, con los capitanes Troncoso y Quintana, redactó el mejor informe técnico sobre el papel asumido por la columna de Ceuta en el desembarco, la principal ejecutora de esta compleja operación anfibia.

⁷⁶ Santiago Guerrero *et al.*, *La Columna Saro*, 108-109. Las conferencias impartidas, ilustrativas de las preocupaciones doctrinales y tácticas de los africanistas, se titularon «Hechos de la Legión. El espíritu de la muerte»; «El que tenga que conservar su puesto, a toda costa lo hará. Importancia de España en la guerra colonial»; «Conseguir la Medalla Militar es la aspiración de la Séptima Bandera»; «Necesidad que tiene España de mantenerse en África»; «Cómo lucha y muere el soldado español», «Deberes contraídos para con la Patria»; «Forma de combatir en la guerra irregular»; «Convoy al Kala Bajo llevado por los artilleros de Xauen»; «Hechos principales más gloriosos de la Artillería»; «Cómo se hace la guerra en África»; «Importancia de la Sanidad en campaña»; e «Importancia del Servicio de Intendencia en campaña».